CARNOT

EN EL APARTADO

Con ese mismo título publicó hace pocos días *El Liberal* el siguiente telegrama:

"*París 30* (10-40 n.).—El presidente de la República, M. Carnot, ha asistido hoy al apartado de los toros para la corrida de mañana en la Plaza de la calle de Pergolese, fijándose con curiosidad en todos los incidentes.

„El personal de la Plaza le ha aclamado con entusiasmo.—*L.*„

Este suceso vendría á coronar los de diversos géneros que han ocurrido en el París taurino de 1889, si el verbo "coronar„ pudiera emplearse con exactitud á propósito de una escena en que ha intervenido como protagonista el jefe de un Estado republicano.

Pero si no á coronar, ha venido á sancionar todas las suertes del toreo hispano-francés el acto de M. Carnot; y la sanción ha sido tal, que nunca pudieron soñarla tan completa y definitiva los mayores partidarios de la supresión de la barrera pirenaica.

No se contentó el presidente de la República con presentarse de improviso en el apartado de la Plaza de Toros, sino que lo hizo con carácter semi-oficial, yendo acompañado del general Brugère.

Lo vió todo, lo alabó todo, gastó dos horas en hacerse cargo de cuanto encierra la Plaza de la rue Pergolese, y para fin de fiesta, se hizo dar una lección de tauromaquia, y ¡tomó la alternativa!

La tomó, sí, señor; y en realidad, las presentes líneas debieran titularse *La alternativa de Carnot*, y el presente artículo debiera traer la reproducción gráfica de la escena, no en caricatura, sino en serio.

El encargado de poner en manos de monsieur Carnot el estoque y la muleta, fué Valentín Martín.

Después de haber explicado y ejecutado el diestro los pases de muleta y las estocadas, el presidente de la República, que había seguido la explicación con extraordinario interés, quiso á su vez manejar el trapo y el acero para darse cuenta de los diversos movimientos que había visto ejecutar al torero español.

Y es fama que M. Carnot no sintió el menor embarazo ni dificultad al manejar los trastos. No le faltó más que gritar:

—¡Vengan ratas!

El acto del presidente de la República, á quien inmediatamente dió el lisonjero dictado de *barbián* todo el personal español de la Plaza de Toros, es tanto más sorprendente, cuanto que M. Carnot es la corrección y la frialdad personificadas. Derecho, rígido, impasible, se presenta en todas partes tan inalterable y bien compuesto, que los parisienses dicen que su frac y su levita son de hojalata negra.

Pero está de Dios que no haya granito ni hierro—cuanto más hojalata—que resista á los prestigios, estímulos y atractivos del toreo.

Francia, victoriosa sobre Europa y América en el gigantesco y pacífico torneo de 1889, se ha dejado vencer por España; y no por la España de las letras, las ciencias, las artes, los vinos, los granos, los tabacos (¡ni siquiera por la España de los chocolates de Matías López!), sino por la España de los cuernos.

Y de los cuernos embolados, para mayor ignominia... de los franceses.

Un aficionado á las metáforas clásicas diría que la túnica de Deyanira en que se ha abrasado el Hércules francés, ha sido el capote esplendoroso y deslumbrante de nuestros toreros.

Sin embargo, el de Valentín Martín no aniquilará ni consumirá á M. Carnot... Antes bien, le prestará calor y fuerzas para la brega en que está empeñado.

Nieto de aquel insigne Carnot, llamado

el organizador de la victoria, que fué al gran Napoleón más de lo que es Juan Molina á Rafael *el Grande*, quiere reverdecer los laureles de su abuelo, acrecentándolos en provecho propio.

En vez de preparar las reses á los demás, quiere despacharlas por sí mismo, trasteándolas y estoqueándolas *secundum artem*.

Para el trasteo ha demostrado superiores y extraordinarias condiciones, según el que ha dado á sus enemigos dentro de casa.

¿Llegará á estoquear con igual acierto y fortuna á los de fuera?

Esa es la cuestión, que quizá se ha propuesto resolver, añadiendo á las lecciones de su propia ciencia y experiencia, las enseñanzas de Valentín Martín.

El acto de M. Carnot no es lo que se figura la gente vulgar (*ce qu'un vain peuple pense*, como dijo el clásico francés). Tiene tanta trascendencia, que de fijo á estas horas está dando que hacer á los alemanes.

No digo yo que Guillermo II haya pedido ya á su embajador en Madrid que le envíe á toda prisa quien le explique el cambio en la cabeza y el volapié neto; pero verán ustedes cómo en la visita que nos ha anunciado el emperador de Alemania, no echa éste en saco roto el ejemplo de Carnot.

Tendremos al augusto tudesco en el apar-

tado; y así como desde Atenas ha saludado al pueblo alemán, mientras "contemplaba conmovido las columnas del Partenon„, cuando llegue aquí, telegrafiará á los berlineses, diciéndoles—para que nos enteremos los madrileños—que la mayor emoción de su vida la ha experimentado contemplando "las tapias del corral de la Plaza de Toros.„

Hay que halagar á cada pueblo en sus respectivos afectos y gustos.

Federico III se llevó á Berlín un estoque de *Lagartijo*. Mucho será que el hijo no se nos lleve al maestro en persona.

¿De qué le sirven ya Bismarck ni Moltke?

Noviembre de 1889.

DEL CÍRCULO

Y DE SU CUADRATURA

Muy bonita idea, sí, señor, muy bonita idea la de fundar un Círculo Taurino.

Lo echábamos muy de menos; y sin darnos cuenta de qué era y en qué consistía lo que nos hacía falta, sentíamos una vaga nostalgia, una indefinible congoja, algo así como la *saudade* del portugués melancólico, ó la *anyoransa* del catalán romántico, ó la *morriña* del gallego sentimental...

Por fin, nos hemos curado de estos dolorosos anhelos, que un aficionado á hacer frases llamaría en los actuales momentos el *dengue* del alma, la *grippe* del espíritu, ó acaso el *trancazo* del "yo„, conciliando la Metafísica con la enfermedad de moda.

Apenas se supo que la creación del Círculo Taurino "era un hecho„, nos sentimos felices todos los aficionados, y hasta el que se hallaba con más tendencias á adoptar el siniestro y tétrico pesimismo de Hartmann, se muestra más optimista que el propio Pangloss y se pasa el día tarareando el *Tout à la joie* de Fahrbach.

¿Qué hubiera sido de "la afición„ sin el Círculo Taurino?

Nunca tan oportunas como en la ocasión presente las consabidas frases de "viene á llenar un vacío„, "viene á satisfacer una necesidad„, etc., etc.; así por lo que toca á los toreros como por lo que importa á los aficionados.

Éstos, al paso que lleva el toreo moderno, acabarán por no poner los pies en la Plaza de Toros, y necesitan un sitio en donde refrescar las gratas impresiones de antaño y llorar las desdichas de hogaño.

Aquéllos harán lo que hacen los revolucionarios de ahora. Los de antes se batían en las calles, y los de hoy se contentan con

hacerse socios de un Casino. Así los toreros, en vez de irse á la cabeza del toro, se contentarán con ir á la cabeza del Círculo Taurino.

Y no pongo *cabecera* en vez de cabeza, porque ignoro si la habrá en el nuevo y deseado centro de recreo.

Supongo que en él no se jugará más que al toro; pero si prevalecieran otras diversiones, el *monte* se llevaría las preferencias de los aficionados, aunque no fuese más que por honrar la memoria del gran Francisco Montes.

El *treinta y cuarenta* también tendría aficionados, y ya se sabe qué color elegirían los frascuelistas... ¡El *negro!*

No por eso quedaría sin partidarios el *encarnado*, que, al fin y al cabo, éste es el color del engaño, y lo mismo acuden á él los hombres que las bestias.

Pues ¿y el *baccarrá?*

El *baccarrá* sería el juego predilecto de los matadores. ¡Pobre banquero, si apuntaba *Lagartijo!* ¡Los *pases* que daría!...

En cambio, ¡pobres puntos, si tallaba *Frascuelo!* ¡Un diestro que *abate* con tanta prontitud!...

A los ganaderos no se les dejaría tallar ni apuntar. Solamente se les permitiría hacer *vacas*.

Los puntilleros ni siquiera podrían penetrar en el salón. Son muy peligrosos. ¿Quién no recuerda haberles visto en la Plaza *levantando muertos?*

Por lo que hace á otras clases de juegos,

todo socio que jugara al ajedrez ó á las damas, recibiría *ipso facto* la patente de "maleta„.

¿Por qué?

Pues por permanecer arrimado á los tableros.

El noble juego del billar proporcionaría

buenas contratas al varilarguero que se luciera *picando* las bolas.

¡Y eso que las bolas recordarían las de los embolados y humillarían un tantico el amor propio de los socios!

En el tresillo sería constantemente "palo de favor„ el de espadas.

El tute se les prohibiría á los contratistas de caballos, porque siempre tendrían tute de ellos.

Y el mus, por análogas razones, se les prohibiría á los buenos banderilleros. Si se les dejaba, ganarían siempre con los *pares*.

Pero no anticipemos los acontecimientos ni las suposiciones, sin saber á ciencia cierta si se jugará ó no á algo más que al toro en el Círculo Taurino.

¿No es más probable que, en vez de ese carácter frívolo y quizás nocivo, tenga marcados tonos de cultura é ilustración?

Allí se suavizarán muchas asperezas y se redondearán muchas angulosidades.

Se aprenderán muchas cosas útiles, y el que menos pondrá cátedra de limar pitones.

Allí fraternizará el picador con el abona-

do, y luego en la Plaza, cuando éste le suelte un *¡so tumbón!*, aquél sabrá responder con un *¡so morral!*

En fin, que todos seremos unos, y no *hunnos*, como somos ahora que estamos sumidos en la barbarie y el atraso.

Signo de redención y de progreso es la creación del Círculo Taurino, por más que algunos retrógrados afirmen que lo verdaderamente taurino, y sobre todo lo verdaderamente circular, es el redondel.

Hasta aquí se trataban, comunicaban y conocían los toreros, empresarios, ganaderos y aficionados por medio de un intermediario: el toro.

Ahora se conocerán, comunicarán, tratarán mejor sin necesidad del intermediario "en cuestión„, y siempre es un adelanto—que nos pone en camino de llegar al maravilloso descubrimiento de poder vivir sin comer—esto de poder saborear á diario

un plato de ternera... sin ternera.

Pero el problema que por fas ó nefas viene á quedar definitivamente resuelto, es otro, y tan importante, que hará imperecedera en la Historia la fecha de 1889.

Meter la tauromaquia entre cuatro paredes, es un empeño tan arduo, que si los organizadores del Círculo Taurino salen bien de él, como espero, podrán darse tono de haber resuelto satisfactoriamente la cuadratura del Círculo.

¿Que salen mal de la generosa empresa, y el Círculo acaba por falta de socios?

Pues también será un hecho la cuadratura del Círculo desde el momento en que el Círculo quede en cuadro.

O sea cuadrado para la muerte.

Diciembre de 1889.

TOREO INTERNACIONAL

Sr. D. Felipe Pérez,

en la Redacción de «Los Madriles.»

QUERIDO Felipe: Tu españolismo te ciega, y si no fuera porque estamos al quite Labra en Madrid, Latino Coelho en Lisboa y yo en *Entroncamento,* habrías agravado á estas horas el conflicto anglo-portugués con una complicación hispano-lusitana; y ¿qué

buen español ni qué buen portugués no maldeciría tu nombre?

Sí, Felipe; has estado á dos dedos de ser tan funesto para España y Portugal como lo fueron tus tocayos Felipe II y Felipe IV, aquél, por su despotismo, y éste, por su desidia.

Estábamos á partir un piñón *os lusos e os hespanhoes*, y por poco volvemos á tirarnos los trastos á la cabeza. Estos "trastos„, Felipe, son los que me cedías en tu *Crónica* del número anterior de *Los Madriles*.

Refiriéndote á la entrada del duque de Veragua en el Ministerio sagastino, decías:

"Hay quien cree que su entrada en el Gobierno tiene alguna relación con el conflicto anglo-portugués.

„Los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull*, que, por si ustedes no lo saben—que sí lo sabrán—significa *Juan Toro,* han dirigido sus miradas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de *Guerrita*.

„¿Hay nada más natural que Sagasta, en previsión de futuras contingencias y posibles cuestiones con *Juan Toro*, dé entrada en el Ministerio á un ganadero tan inteligente como el señor duque de Veragua?

„Dejo este asunto, para que pueda *trastearlo* con su gracia extraordinaria, mi querido amigo *Sobaquillo*, si no prefiere *aderezarlo* con su sal y pimienta Mariano de Cávia, sirviéndolo al público en uno de sus sabrosísimos *platos del día*.„

Muchas gracias, ante todo, por esos halagüeños piropos, que vienen á resolver el extraño problema de que sepa á miel (y á miel hiblea) lo que dice un escritor que es todo sal (y sal ática).

Mi inseparable amigo Cávia ha hablado ya en *El Liberal* de la alternativa dada al descendiente del descubridor del Nuevo Mundo por el descendiente de...

(Ignoro quién fué el Colón
que halló el pimiento morrón.)

Pero yo no había metido mi cuarto á ganaderos—porque lo que es "á espadas„ no puede decirse en el presente caso—ni había dicho: *¡Esta muleta es mía!*

Celebro que tu amabilidad me haya proporcionado ocasión de decirlo; y, sobre todo, de decirlo en tu favor.

¿Qué mal genio guió tu pluma cuando escribiste que los portugueses, ante la perspectiva de una acometida de *John Bull* (léase *Juan Toro),* habían dirigido sus mi-

radas á España, patria de *Lagartijo*, de *Frascuelo* y de *Guerrita?*

Solamente pudo inspirarte tal idea

il dio delle tempeste,
il fiero Adamastor,

enemigo implacable de los portugueses, según el gran poeta de *Os Lusiadas* y el averiado libretista de la ópera póstuma de Meyerbeer.

¡El pueblo de los grandes rejoneadores, los grandes pegadores y los grandes criadores necesitar de los toreros y ganaderos de por acá!...

Blasphemasti, querido Felipe; y si no rasgo mis vestiduras á estilo antiguo, es porque probablemente no me costearían los portugueses un traje nuevo.

Dos buenos rejones del ilustre *farpalheiro* Tinoco bastarían para escarmentar á John Bull, y aun para dejarlo en disposición de que lo recogieran las mulillas; porque excuso decirte que, tratándose de lidiar hijos de la rubicunda Albión, los rejoncillos resultarían puestos "en los mismos rubios„.

Pues ¿y los pegadores?

Este género de toreo, que nosotros hemos desechado ha siglos, y que los portugueses han conservado, previendo sin duda las actuales contingencias, es el más acomodado á las condiciones y gustos de John Bull; y si atendemos á lo bien que se conserva en Portugal, y lo decaído que está el pugilato en Inglaterra, no dejaremos de hallar cierto equilibrio entre las facultades de aquella nación, aunque tan pequeña, y esta otra, aunque tan formidable. ¿Que John Bull es de los toros que *pegan?* Pues, amigo, tampoco los *pegadores* portugueses son mancos.

Y si Portugal intenta "soltar el toro„ á John Bull y echar á reñir entrambas reses, tampoco habrá menester de nuestros veragüeños para nada, teniendo allá unos Palhas que, en cuanto salen al redondel, siembran el espanto y el terror. La res británica es codiciosa y pegajosa; pero la res portuguesa, hasta cuando se defiende, tiene buenas condiciones.

Ahora se ha pegado á los tableros, ne-

gándose á comerciar con Inglaterra, y Salisbury pierde el tiempo... y el percal.

—Yo no atiendo—dice el comercio lusitano—más que al percal francés y al catalán.

Convencido ya, querido Felipe, de la verdad que "entrañan„ mis observaciones, podrás argüirme todavía que, sin el auxilio de nuestros toreros, Portugal no puede estoquear á John Bull.

A John Bull no le estoquea nadie. Se tapa y no se deja. Toma el olivo, es decir, se atrinchera en sus islas, y allí no hay quien le meta mano. Felipe II lo intentó, yéndose á la cabeza del toro con la *Invencible*, y ya sabes de qué modo salió de la suerte.

Sí, sí; ¡anda con toreo español á John Bull!... Aquí lo tienes en plena Península, con el hocico y las pezuñas sobre nuestro cuerpo (véase Gibraltar), y sin que haya un *Lagartijo* providencial que nos quite de encima el bicho á punta de capote.

Supones tú que Sagasta habrá dado entrada en el Ministerio al duque de Veragua, ganadero inteligentísimo, en previsión de posibles cuestiones con el tal *Bull*.

Para eso debía haber llamado á don Antonio Miura, que entiende más que el Duque—cuyos toros son claros y noblotes—de reses de cuidado y mala intención.

¿No te parece?

Pon el V.° B.° á esta carta; publícala en desagravio á los portugueses, en quienes has supuesto una inferioridad tauromáquica que no existe; y publícala en testimonio de lo mucho que te quiere,

SOBAQUILLO.

Enero de 1890.